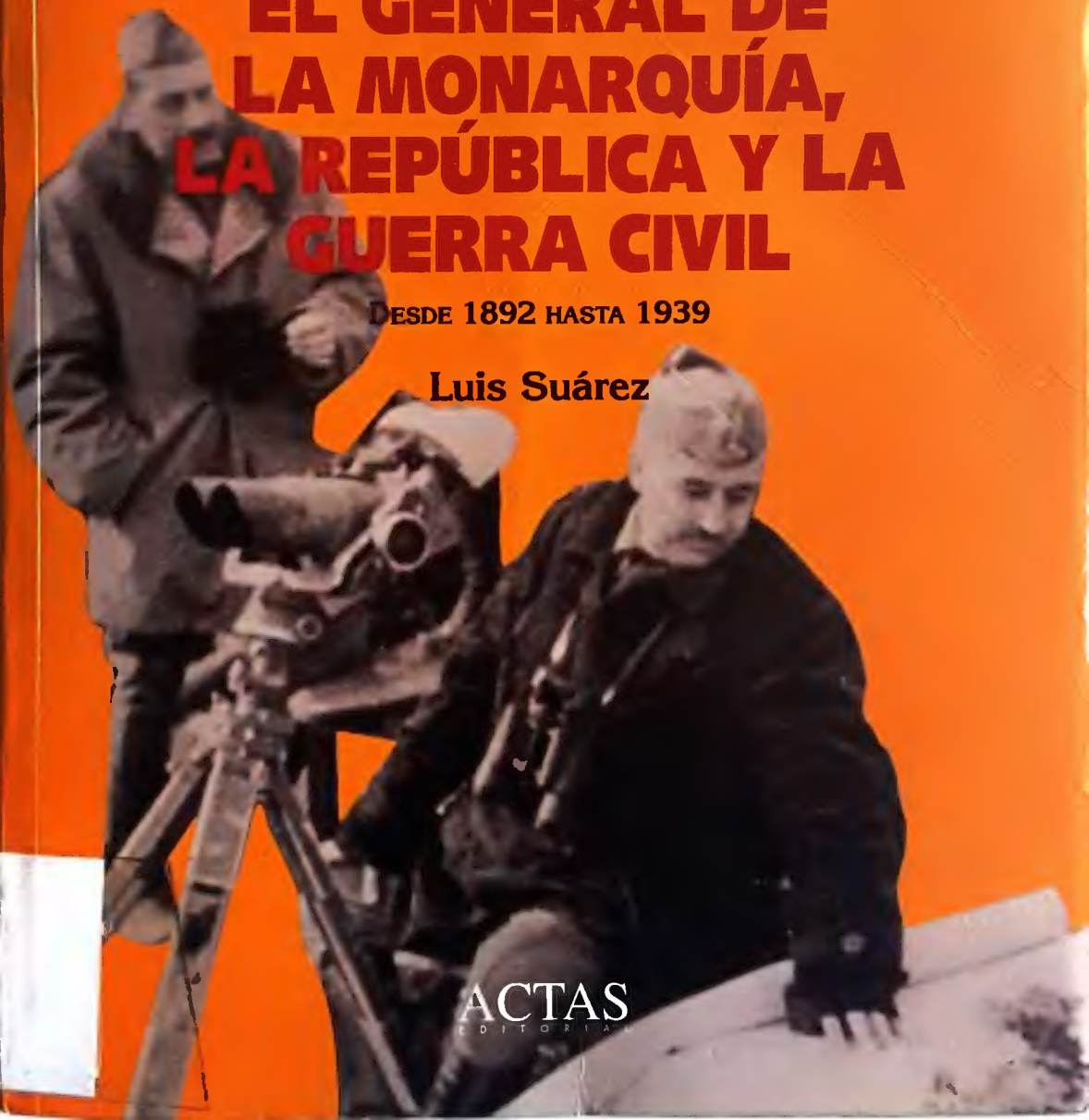
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

SEGUNDA PARTE

GENERALÍSIMO Y JEFE DEL ESTADO

CAPÍTULO 35

...Y, AL FINAL, MADRID.

I. FRANCO SE ADHIERE AL PACTO ANTIKOMINTERN.

1. Las repercusiones de la caída de Cataluña en poder de los ejércitos nacionales fueron importantes en muchos aspectos. Ya hemos señalado cómo, en París, el 16 de febrero de 1939, Manuel Azaña comunicó a Diego Martínez Barrio su renuncia a la Presidencia y cómo éste, a quien de acuerdo con la Constitución de 1931 correspondía sustituirle, no quiso asumir las funciones. La legitimidad misma del Gobierno de Negrín, cuyos esfuerzos por devolver a Azaña a la Península y a sus funciones, fracasaron, se hallaba suspendida. Puede decirse que la legalidad nacida de la subversión del 14 de abril de 1931, había concluido. Así lo entendieron las potencias occidentales: Francia e Inglaterra decidieron reconocer a Franco como único poder legal en España. Azaña hubo de abandonar el edificio de la Embajada (27 de febrero) porque de él iban a posesionarse los representantes diplomáticos de Burgos. Francia, a quien preocupaba ahora la posición española en el conflicto europeo que se adivinaba próximo, tuvo un gesto hacia la reconciliación designando como embajador al mariscal Pétain, de quien Franco se proclamaba ferviente admirador.

En la mente de algunos de los protagonistas del Alzamiento de julio de 1936, esta desaparición de la legalidad republicana no significaba otra cosa que el retorno a la situación anterior al 14 de abril, un anuncio de la restauración de la Monarquía, cuya legitimidad les parecía indiscutible. Desde luego no de una manera inmediata –había que concluir la guerra y restaurar previamente muchas cosas– pero tampoco en un plazo demasiado largo. En aquel momento los sustentadores de la causa monárquica alfonsina –ni falangistas ni tradicionalistas estaban con ellos– aparecían agrupados en torno a Franco. Desde Roma el Rey Alfonso XIII cursó un telegrama declarando «mi gratitud como español, con reiteración de mi adhesion y mi confianza en el despertar de nuestra Patria». Y su hijo, preconizado ya como sucesor, don Juan de Borbón, que tomaría título de conde de Barcelona, expresaba calurosamente su «orgullo de ser español, por el victorioso remate, tan ejemplar, que redime para España las queridas provincias catalanas».[1]

Aunque los tradicionalistas rechazaban, en su mayor parte, la candidatura de don Juan, no parece que exista la menor duda de que Franco le consideraba entonces como el príncipe con mejor derecho. Algunos periódicos franceses y británicos, que apoyaban la idea, grata a sus Gobiernos, de concluir la guerra mediante negociación, veían en él también una posible solución menos traumática, y así desde finales de 1937. Don Juan rechazó tales supuestos y en su carta manuscrita del 28 de diciembre de 1937 afirmó que «a ninguna persona, española o extranjera, he autorizado a expresar otras ideas que mi deseo de obedecer las órdenes de V.E., como el mejor medio de servir a España y que nunca he tolerado se hablase en mi presencia de otra cosa».[2] Su matrimonio, que acercaba las dos ramas discordantes de la Dinastía y el nacimiento de un hijo varón, Juan Carlos (en Roma, el 5 de enero de 1938), así como la muerte del Príncipe de Asturias, Alfonso, en accidente acaecido en Miami (7 de setiembre de 1938) contribuían a consolidarle en esta posición. Desde 1939 él encarnaría las aspiraciones restauradoras.

2. El monarquismo era, en cierto modo, tributo a un tiempo pasado y, pese a lo que medio siglo después pueda creerse, no conseguía pasar de ciertos círculos restringidos: una minoría de generales, la vieja aristocracia, ciertos capitalistas y poco más. Se necesitaba hacer una campaña de desintoxicación de un pueblo que había sido convencido de que la Corona era causa de sus males. Mucho más entusiasmo despertaban los totalitarios del nacionalismo; ellos habían ayudado a ganar la guerra y parecían jóvenes y fuertes. Las muchachas de la Sección Femenina que en el verano de 1937 asistieron a la gran concentración hitleriana que proclamaba «el triunfo de la voluntad» estaban entusiasmadas ante lo que vieran. «Estuvimos en la gran parada de Nüremberg. ¡Deslumbrante¡» escribió Carmen Werner.[3] Había que modernizar España, colocarla en el ritmo vital que marcaba el despertar de Europa; así lo pensaban, así lo creían. Los historiadores tenemos que explicar cada tiempo desde sí mismo.

Los consejeros alemanes, que habían criticado constantemente los métodos de Franco, cambiaron de opinión y anunciaron a sus jefes en Berlín el próximo fin de la guerra y la necesidad de reforzar vínculos de dependencia de otro género. El 6 de diciembre de 1938 se había producido la declaración solemne franco-alemana que garantizaba las fronteras del Tratado de Versalles; no se iría más allá del Ruhr y del Sarre. Pero Hitler limitaba este compromiso al Occidente y, en cierto modo, a cambio de una especie de libertad de acción en el Este. En enero de 1939, sin tener en cuenta las garantías ofrecidas en Munich, Checoslovaquia fue dividida en tres territorios, de los que dos, Bohemia y Moravia, se incorporaron al Reich en calidad de protectorados y Eslovaquia adquirió una independencia no muy clara.

Hitler se había convertido en el heredero de Bismarck, dictando la política europea, con más poderes y muchos menos escrúpulos que el Canciller de Hierro. Muchos le contemplaban como único bastión eficaz ante el comunismo. Un nuevo «drang nach Ösien» anunciado en *Mein Kampf*, comenzó a desplegarse sobre los mapas extendidos en el alto refugio de Bertchesgaden. Cansado de esperar una carta de Franco que diese explicaciones sobre la declaración de neutralidad de 1938, ordenó, el 4 de enero de 1939 –al día siguiente se presentaría la reclamación del corredor de Danzig–, que se enviasen nuevas instrucciones al embajador von Stohrer. Sin

informar a la Embajada italiana –sólo a posteriori se daría comunicación a Mussolini desde la Wilhelmstrasse– debía proponer una alianza militar entre España y Alemania o, cuando menos, una adhesión de aquella al Pacto Antikomintern.[4] El barón von Richthofen, que mandaba la Legión Cóndor, celebró una entrevista con Franco (23 de enero de 1939) y se mostró muy optimista.[5]

Stohrer, que poseía más experiencia diplomática y sabía muy bien lo difícil que era tratar con Franco, que rehuía todo compromiso, se mostró muy poco optimista. El día 5 de febrero de 1939 celebró una larga entrevista con Jordana al que comunicó los deseos de su país; sin hacer la menor referencia al proyecto de alianza militar, el ministro español dijo que una adhesión inmediata y pública de España al Pacto Antikomintern, podía resultar contraproducente, en el momento en que se anunciaba la llegada de los embajadores occidentales; tampoco sería ventajosa para Alemania. El verdadero interés de ésta se hallaba, en su opinión, en que la Guerra Civil española concluyera cuanto antes y con una victoria total de los nacionales.[6] Jordana conocía muy bien los esfuerzos británicos para lograr un final sin dicha victoria.

3. En los importantes informes que el embajador remitió a Berlín antes del 19 de febrero, el barón demostró que tenía mucho mejor conocimiento de la situación interna española que los miembros del Partido y los consejeros militares, cuyos contactos resultaban bastante limitados. Segun Stohrer, Franco y Jordana se hallaban en un compromiso serio, porque de ningún modo querían firmar una alianza con Alemania, ni se atrevían tampoco a rechazarla de plano; por eso estaban dando largas, evitando los contactos con la Embajada alemana, mientras meditaban una salida. «El prestigio de Franco, que había sufrido mucho, incluso en el seno del Ejército, en el momento de las batallas del Ebro, ha recobrado nuevo brillo, realzado por la influencia de los Ejércitos victoriosos».[7] En cuanto a Serrano Suñer, insistía en presentarse como el gran amigo de Alemania pero, a juicio de Stohrer, no se debía confiar; su insistencia en la germanofilia, «me ha hecho pensar siempre que no debemos considerarlo como un amigo. Es un discípulo de los jesuitas e intransigente defensor de la Iglesia». Añadió una frase que Göring habría de repetir dos años más tarde: «un fanático teñido de misticismo».

En su informe de 19 de febrero, el embajador alemán tomaba pie en un chiste que, en efecto, circulaba entonces por España, aunque cambiaba la identidad de los supuestos interlocutores para acomodarlo a la mentalidad alemana. Otto encuentra a Fritz por la calle y le pregunta: ¿Cómo encuentras la nueva España? A lo que Fritz responde: – cuando la haya encontrado, te lo diré. Ésta era precisamente la experiencia personal de Eberhard von Stohrer: no lograba descubrir, en el Régimen de Franco, aquella novedad que, desde la conciencia nacionalsocialista, hubiera debido significar la revolución. En la España que emergía de las llamas de la terrible guerra descubría, más que los rasgos de un «progreso» totalitario, huellas de retorno al pasado con predominio del catolicismo romano y nostalgias de Monarquía.[8]

Stohrer recomendaba a sus superiores atención hacia el monarquismo, aunque él no se atrevía a asegurar nada. «En el caso de un final victorioso (entiéndase sin condiciones al adversario) de la guerra, sólo Franco tendría el poder de decidir el retorno a la Monarquía». ¿Querría hacerlo? Ahí estaba la incógnita. La acogida dis-

pensada a los telegramas de Alfonso XIII y de su hijo, despertaron muchas esperanzas en el sector monárquico del Ejército, pero se trataba en este caso de una adhesión de la Dinastía a Franco y no a la inversa. Juan Vigón, general jefe del Estado Mayor, y uno de los hombres más escuchados por el Generalísimo, comentó con el general Gambara, que mandaba la División que aún subsistía del CTV, su convicción de que Franco no tardaría mucho en proclamar a don Juan.[9] Los italianos entendían la restauración en aquellos momentos como una fórmula semejante a la que permitía la omnímoda presencia del Duce en su propio país. Stohrer consideraba a Serrano Suñer como cabeza del sector político del Régimen opuesto a la restauración monárquica y, con toda clase de reservas, como el más decidido a impulsar en España reformas políticas según el modelo del totalitarismo.

No cabe duda de que Franco había escogido en relación con Alemania el camino de las cautelas, dentro de la voluntad de mantener las relaciones estrechamente amistosas, aunque hay datos que permiten afirmar su preferencia por Italia. El 20 de febrero de 1939 el Consejo de Ministros adoptó la decisión de adherirse al Pacto Antikomintern, cuyas obligaciones eran tan sólo consultivas, pero manteniendo esta decisión en riguroso secreto hasta el fin de la guerra en España.[10] Los miembros del Pacto se comprometían a intercambiar informes y consultas acerca de los medios más adecuados para combatir al comunismo. Franco hizo, lo mismo que Vigón, algunas confidencias «indiscretas» al general Gambara: le dijo que, en la próxima guerra Europea, España no tendría más remedio que permanecer neutral, siendo buena esta neutralidad; además tendrían que transcurrir al menos cinco años antes de que pudiera abordarse el asunto de la Restauración.[11]

II. PROYECTOS PARA UNA CAPITULACIÓN.

1. Los tres últimos meses de la Guerra Civil española son importantes. Dan origen, en nuestros días, a juicios que sólo pueden ser rectificados acudiendo a documentación, por fortuna abundante y muy precisa. Algunas obras, en especial la ya mencionada de Martínez Bande y la de Ricardo de La Cierva[12] permiten hoy establecer una secuencia cronológica que resulta imprescindible. La idea de concluir la Guerra Civil española por medio de una negociación había sido formulada muy pronto por el Gobierno británico. A éste convenía extraordinariamente porque no deseaba la victoria del Frente Popular, cada vez más dominado por los soviets, ni de los aliados de las potencias totalitarias; de modo que con esta propuesta, puramente teórica y en la práctica irrealizable, dado el grado de violencia que se había alcanzado, no trataba de servir a España sino a sí mismo. Es algo que no puede dejar de tenerse en cuenta. En páginas anteriores hemos aludido a una forma gravemente perjudicial para España que en determinado momento se acarició: la división del país en dos zonas con Gobiernos distintos y aun opuestos[13] pero separados por una línea neutral. La actitud británica responde a una lógica, evitar que la Península se convirtiese en bastión para sus futuros enemigos; la misma lógica que habrá de dictar su política en la Segunda Guerra mundial.

Segismundo Casado, como Miaja, como probablemente también Besteiro, era masón. La influencia que la Masonería estaba ejerciendo en la Internacional Socia-

lista se reflejó al conseguir que ésta aceptase el principio de la capitulación negociada. Azaña, iniciado en la Masonería aunque sin tomarse demasiado en serio este gesto, intentaba desde 1937 alguna forma de entendimiento. Casado había sido el jefe de su guardia personal. Los comunistas, que obedecían consignas soviéticas, se opusieron siempre al proyecto: para ellos el final debía llegar como una especie de holocausto que permitiera invocar crueldad y represalias en la futura propaganda. Franco rechazó resueltamente toda clase de negociación: el final de la guerra tenía que incluir la capitulación sin condiciones. Tras la caída de Barcelona el enemigo carecía de medios para resistir, de modo que cualquier negociación le parecía solamente un procedimiento para arrebatarle esa victoria total que había alcanzado. Casado defendió posteriormente su postura con criterios humanitarios: evitar los terribles daños que una resistencia hasta el fin debía ocasionar.[14]

A lo largo de los años de guerra, partiendo de otros servicios de información anteriores, el coronel José Ungría Jiménez había conseguido establecer el SIPM, que no era otra cosa que una red informativa gracias a la cual el Cuartel General de Franco estaba al corriente de lo que sucedía en el campo enemigo. Conocía pues la situación en Madrid, donde Segismundo Casado había asumido la jefatura militar, por nombramiento de Miaja, tras la proclamación del Estado de Guerra; no existía voluntad de lucha y los problemas logísticos, tras el eficaz bloqueo nacional de las costas, eran angustiosos. También supo que en noviembre de 1938 Azaña había pedido a Besteiro que fuese a Barcelona: quería que sustituyese a Negrín formando un Gobierno que iniciase de inmediato las negociaciones para una capitulación. La negativa de Negrín no pudo ser vencida y la maniobra fracasó. Por otro informe simultáneo, del 28 de diciembre de 1938, se confirmó, también, que había contactos entre la resistencia interior madrileña y el coronel Casado.

Lentamente, superados los meses del terror, en Madrid se habían restablecido muchas de las redes para la oposición: funcionaba la Iglesia, cada vez más activa, utilizando domicilios particulares; había una Falange madrileña a cuyo frente se hallaban Manuel Valdés Larrañaga, José Luis Taboada y José María Alfaro; un requeté fundado por Eduardo Morales que fue desmantelado en diciembre de 1938; había incluso un Socorro Blanco, que iniciara en la cárcel Pascual Cebollada. De modo que todo parecía preparado para una toma de la calle en el momento mismo en que los nacionales rompieran el frente. También se recibían noticias más alarmantes, que aconsejaban apresurar la marcha: el 1 de enero de 1939 se había desembarcado en Barcelona un cargamento de iperita. Se sospechó que el Ejército rojo iba a emplear gases asfixiantes. En todas las otras ciudades, y en los montes, se estaban organizando grupos armados nacionales.

2. Franco recibió a alguien que había cruzado las líneas y le felicitó por lo que con tanto valor hacían, pero desconfiaba de los civiles que, con su inexperiencia, podían verse víctimas de nuevas represalias. Desde el Cuartel General y siguiendo las consignas de Ungría se tomó la decisión de confiar en el teniente coronel José Centaño. Era éste un militar de tendencias monárquicas, que había permanecido en zona roja estando en situación de retirado, pero al que se reincorporó en un papel técnico: el Parque de Artillería número 4 y su Centro de Experimentación. Desde aquí organizó una red de ayuda a compañeros y perseguidos, conocida como «Lucero Verde»;

miembros de la misma estaban incluso en el séquito más inmediato de Segismundo Casado. En Burgos se tenía absoluta confianza en Centaño.

Dos días antes de la caída de Barcelona José Miaja se había convertido en Generalísimo de la zona republicana; todas las autoridades civiles le quedaban supeditadas en virtud del Estado de Guerra que se había establecido. Evidentemente no se trataba de continuar la lucha sino de poner fin en las mejores condiciones posibles a la resistencia, considerada inútil. En este momento Alfaro y Taboada llegaron a Burgos e informaron a Ungría: éste dispuso que Antonio Luna debía establecer contacto con Casado e informarle de las condiciones humanitarias que acompañarían a una capitulación sin condiciones. Fue por medio de un médico, Diego Medina, como se hizo llegar a Casado este mensaje; pero las condiciones que se ofrecían no eran correctas y diferían mucho de las que posteriormente el Cuartel General haría llegar a través de Julio Palacio. El 1 de febrero Casado transmitió ya su conformidad para emprender una negociación; podía hacerlo ya que no necesitaba contar con otra superioridad que la de Miaja.[15] Negrín, sin embargo, había dejado bien claro que no era su propósito renunciar a su cargo de presidente del Gobierno. Julio Álvarez del Vayo aconsejaba también la resistencia: faltaban, según él, pocos días para el desencadenamiento de la guerra europea. Oro, divisas, joyas, tesoros artísticos, depositados en el extranjero, podían colaborar en esta resistencia.[16]

Franco deseaba una capitulación de Madrid; desde noviembre de 1936 temía una batalla en sus calles por las elevadas pérdidas que significaría. Pero estaba decidido a no perder tiempo: la pérdida de Cataluña señalaba ya, en su opinión, el derrumbamiento del Ejército rojo; no podía dársele ningún respiro. Hasta el 11 de febrero duraron las operaciones en Cataluña; el día 13, una orden del día comunicaba a los mandos de él dependientes que «he decidido llevar la acción de nuestras tropas sobre la zona central de España, con objeto de destruir al enemigo, liberándola de la barbarie marxista».[17]

Casado y Besteiro se comunicaron entre tanto con los contactos que con el enemigo, a través de la resistencia interior, habían logrado establecer. Una autoridad exclusivamente militar no podía entrar en otro tipo de negociación que la que conduce a la entrega bajo condiciones; era necesario crear un Comité Nacional de Defensa si se pretendía actuar en nombre de lo que quedaba de República. Este acuerdo fue alcanzado los días 3 y 4 de febrero; el 5, Casado se decidió a recibir en su puesto de mando, Posición Jaca, situado en la avenida del conde de Orgaz, al teniente coronel Centaño; podía hacerlo por tratarse de un subordinado. Pero apenas llegó a su presencia, Centaño se identificó a sí mismo como jefe del SIPM en Madrid; estaba en condiciones de asegurar un contacto con Burgos. Casado pidió una carta de su amigo el general Barrón, como garantía de que la representación de que se hablaba era auténtica.

Un agente de Centaño fue recibido por Franco en Raymat el 6 de febrero; allí tenía el puesto de mando para las últimas operaciones de Cataluña. Barrón, previo consentimiento del Generalísimo, escribió la carta que se solicitaba. Franco dictó sobre la marcha las ocho condiciones para la capitulación del Ejército. Eran muy duras, más que aquellas que inútilmente se ofrecieran para la rendición de Vizcaya en 1937:

- Se mantienen los ofrecimientos de generosidad para «cuantos, sin haber cometido crímenes, hayan sido arrastrados engañosamente».
- La benevolencia a los jefes y oficiales será tanto mayor cuanto más se hubiesen significado en los servicios prestados para la capitulación final.
- Los que se rindan podrán tener salvoconducto para irse fuera de España con toda seguridad.
- «A los españoles que en el extranjero rectifiquen su vida se les dispensará protección y ayuda».
- «Ni el servicio en la zona roja ni la militancia en partidos políticos... serán motivo de responsabilidad criminal».
- Los delitos cometidos bajo el dominio rojo serán juzgados exclusivamente por los tribunales de justicia.
- «Nadie será privado de libertad por actividades criminosas más que el tiempo necesario para su corrección y reeducación».
- En cambio «el retraso en la rendición o la estéril resistencia serán causa de graves responsabilidades que exigiremos».[18]

3. Franco estaba tratando el asunto como estrictamente militar: el jefe de una guarnición, estrechamente cercada y sin posibilidades de prolongar su defensa, solicitaba condiciones para su entrega.[19] Pero Casado y Besteiro querían algo más, algo que, de haberlo conseguido, tendría gran importancia:[20] poner fin a la guerra mediante un acuerdo entre dos potestades, vencedora y vencida, otorgándose recíprocamente condiciones y seguridades. De esto Franco no tenía la menor idea. Para él se trataba de algo semejante a la capitulación que por aquellos mismos días se estaba logrando en Menorca con mediación inglesa.

En la reunión de mandos militares que Miaja presidió en Valencia y a la que asistieron también Matallana y Menéndez, Casado sostuvo la tesis de que no existía ninguna autoridad legítima, salvo la militar, y que el general debía proceder a la creación del Consejo Nacional de la Defensa que, al asumir todos los poderes del Gobierno, con ayuda y participación de las fuerzas políticas republicanas, se encontraría en condiciones de entablar una negociación con Burgos, iniciada mediante contactos que él presentaba en términos muy favorables. Pero Negrín, que había cruzado la frontera el 9 de febrero, y celebrado en Toulouse una apresurada sesión del Consejo de Ministros para rechazar la idea misma de la capitulación, regresó a Alicante por avión el día 10 y se trasladó seguidamente a Valencia. Miaja y Matallana quedaron desconcertados pero no supieron reaccionar. En los periódicos del día 11 aparecieron los nombramientos militares firmados por Negrín: Miaja era general en jefe y Matallana pasaba a mandar el Grupo de Ejércitos. Parecía que la proclamación del Estado de Guerra del 23 de enero se daba por conclusa. Las noticias oficiosas que se dieron a los periódicos pretendían dar la sensación de que se había logrado una retirada con orden en Cataluña y que, por consiguiente, la zona republicana se hallaba preparada para continuar la lucha. Miaja y Rojo fueron ascendidos a tenientes generales; pero el segundo de ellos, que había expresado con rotundidad su criterio de que no debía prolongarse la lucha, permaneció en Francia negándose a regresar.

Un Consejo de Ministros, en Valencia (11 de febrero) trató de restaurar la legalidad republicana; pero faltando el Presidente de la República, las Cortes y la mayor

parte de los ministros, dicha legalidad quedaba necesariamente en entredicho. Aunque los contactos seguían y Besteiro insistía en la voluntad de capitulación con garantías de respeto a las vidas humanas, Franco ordenó ya el 13 de febrero que se acelerasen los preparativos para la ofensiva: sabía muy bien por dónde podía cortarse la comunicación de Madrid, avanzando hasta Arganda por el sur, y quería ejecutar la maniobra. Se repartieron instrucciones muy estrictas para la entrada en la capital, evitando y castigando los posibles desmanes de los vencedores. Esto no significaba blandura sino disciplina militar, pues al mismo tiempo se promulgaba la Ley de responsabilidades políticas que declaraba rebelión los actos cometidos desde el 1 de octubre de 1934 contra el Ejército y el Movimiento nacional y ponía fuera de la ley a los Partidos del Frente Popular, separatistas, sindicalistas y masones.[21]

El 14 de febrero de 1939 Negrín volvió a Madrid, anunciando enfáticamente en la *Gaceta* que el Gobierno y el Banco de España regresaban a la capital de la República. Entonces los frentepopulistas se rompieron: Casado insistió en que no se podía resistir y tuvo a su lado incluso a los anarcosindicalistas de Cipriano Mera; los comunistas dijeron entonces y sostuvieron mucho tiempo después que la zona republicana aún disponía de medios suficientes para una prolongada y eficaz continuación de la guerra. De ahí nació la hipótesis de que Negrín intentaba enlazar la contienda española con la que no tardando mucho habría de producirse en Europa.[22]

4. Ahora todos los reproches se dirigían contra el Partido Comunista, con su empeño de aprovechar la situación de guerra para llevar a cabo su propósito revolucionario –absorber el Partido Socialista e implantar la dictadura del proletariado–, y también contra Negrín a quien se presentaba como un fiel servidor de las consignas del Kremlin. Por su parte la Komintern ordenó a sus principales delegados que volvieran a España para continuar la lucha: Palmiro Togliatti, La Pasionaria y Stepanov obedecieron. Miaja se mostró, durante estas dos últimas semanas de febrero, vacilante: a veces parecía rechazar a Negrín, otras se plegaba a obedecerle. Nadie se sentía con fuerzas suficientes para actuar por su cuenta. Envió a uno de sus ayudantes, el capitán López Fernández, a París para recabar de Azaña un retorno que le permitiera entablar las negociaciones. Azaña explicó que Negrín ya no era presidente del Consejo porque había desobedecido su mandato de que dimitiera, pero se inhibió en todo lo demás: que Miaja hiciera lo que tuviera por bien, pero sin intervención suya. Una actitud pesimista y evasiva que explica que, el 20 de febrero, Besteiro le calificara de «monstruo abominable». No debe darse excesiva importancia a los calificativos que se emplean en momentos de especial nerviosismo. El último acto oficial de Azaña como Presidente de la República fue la reunión en la Embajada con los ex presidentes de Gobierno (salvo Largo Caballero) para explicar que había dado a Negrín orden de capitular.

Capitulación, ésa era la fórmula. La deseaban los militares porque estaban convencidos de que resultaba imposible cualquier resistencia; había que salvar vidas humanas y permitir la fuga del mayor número posible. La querían también los socialistas porque podía devolver a su partido un protagonismo que, en el futuro, resultaría esencial; arrebatar a los comunistas la bandera de la izquierda. Y la querían los anarcosindicalistas porque buscaban garantías de vida, por mínimas que fuesen, para sus afiliados que, durante la guerra, pese a la propaganda que se montó, habían come-

tido menos violencias que sus aliados pero sabían que, en el exilio, no serían tan protegidos como los miembros de las diversas internacionales. En reuniones del Comité de Defensa de la CNT, cuya sede estaba en el chalet de la familia Luca de Tena en la calle Serrano, Cipriano Mera sostuvo que, a fin de cuentas, la dictadura comunista resultaba peor que la fascista.

Casado trató de convencer a Negrín de que toda resistencia era imposible. Desde diciembre de 1938 los nacionales eran dueños del mar y ningún auxilio exterior podía recibirse;[23] no había ni siquiera la posibilidad de reponer el material gastado. El despliegue formidable de las tropas de Franco, que contaba ya con un millón de hombres, no podía dejar de percibirse. A esto replicaba Negrín que, con el material que se traería de Francia, y el que los soviéticos embarcaban en Murmansk con destino a puertos franceses, pronto volverían a equilibrarse las fuerzas. Este argumento, cuando era notorio que el Gobierno francés había tomado la decisión de reconocer a Franco, resultaba ilusorio. Al no llegar a resultado alguno, Casado sugirió a Negrín que consultara con los otros mandos militares. Así se llegó a la decisión de convocar la reunión de Los Llanos, en Albacete, para el 16 de febrero.

En los días previos a la reunión acaecieron sucesos importantes. Suiza reconoció a Franco (15 de febrero) y con ello la propiedad de los cuadros del Prado depositados en Ginebra. Quiñones de León, desde París, advirtió que el Gobierno francés ya no trataba a Azaña como Presidente. Y en Londres lord Halifax llamó a Pablo de Azcárate para preguntarle si podía proponer a Franco una rendición bajo tres condiciones: que no hubiera represalias políticas, que los crímenes y delitos se juzgasen por tribunales ordinarios y que se permitiera la salida a quienes lo deseasen. La misma consulta, que envolvía una previsión de reconocimiento, fue formulada a través del duque de Alba. Negrín y Álvarez del Vayo no respondieron. Franco sí: dijo que «con espíritu de equidad y justicia» los tribunales «se limitarán a procesar y juzgar a los autores de crímenes, aplicando las leyes y procedimientos existentes antes del 16 de julio de 1936». Una respuesta que coincide con la que seis años más tarde formularían los aliados a Alemania: rendición incondicional y castigo a los crímenes de guerra. El 15 de febrero, como hemos anotado, Casado tenía ya la carta de Barrón y el pliego con las condiciones.

La reunión de Los Llanos, de que Franco tuvo puntual noticia a través del SIPM, que ahora contaba con una emisora puesta a su disposición por Casado y con los datos que éste comunicaba, fue un consejo militar. La mayor parte de los presentes se inclinó por la capitulación; no era posible resistir. El almirante Buiza dijo que si no se negociaba inmediatamente la rendición daría a la Flota orden de zarpar hacia un puerto extranjero. Pero Miaja, nervioso, velando todavía por su prestigio como héroe de la resistencia, hizo, con ciertas vacilaciones, una decidida defensa de la opinión de Negrín, luchando a toda costa. Negrín decidió instalarse en una finca de las inmediaciones de Elda que llevó el nombre de «posición Yuste». Un signo de abdicación.

5. El Cuartel General del Generalísimo conoció, por los informes del SIPM, lo que había ocurrido en la reunión de Los Llanos así como que las posibilidades de la guarnición de Madrid eran muy escasas. Cundía el desánimo. Faltaban los víveres y la capital, por avería de las instalaciones, sufría frecuentes cortes del suministro eléc-

trico, aunque los nacionales no quisieron cortar nunca ni el agua ni la luz; les convenía no apurar la situación que ya evolucionaba a su favor. Según el informe de Julio Palacio fue entonces cuando Centaño y Manuel Guitián se entrevistaron con Casado en la Posición Jaca –el encuentro tuvo lugar el 20 de febrero– y recibieron la noticia de que los militares estaban decididos a prescindir de Negrín y constituir el Consejo, presidido por Besteiro, para llevar adelante la negociación. Sería un error, a juicio de Casado, que los nacionales desencadenasen una ofensiva prematuramente pues no conseguirían otra cosa que resistencias desordenadas, víctimas y daños de mucha consideración. Él tenía la situación controlada, y podía ofrecer un final diferente.

Pero en este largo discurso, lo mismo que en la reunión de la CNT-FAI, se manejaba un concepto, «paz honrosa», «final conciliador», que Franco y los suyos no estaban dispuestos a aceptar. Una capitulación negociada podía haber tenido un sentido al comienzo de la guerra; ahora, para el Generalísimo, era tan sólo un engaño destinado a arrebatarle la victoria, ganada a pulso. Su postura fue muy firme y desde luego, clara: cumpliría las ocho promesas hechas pero a cambio de una capitulación sin condiciones. Cuando Centaño aludió al peligro comunista, Casado le restó importancia. Sin embargo la resistencia madrileña transmitió a zona nacional noticias alarmantes: los comunistas habían ofrecido apoyo a Negrín para la resistencia y preparaban la demolición de monumentos madrileños y nuevos asesinatos en caso de una retirada. Algo había de cierto. El Partido Comunista había decidido tomar el poder apartando a quienes no estuviesen dispuestos a la resistencia.

De alguna manera se estaba repitiendo el proceso de la revolución de Asturias: ante la certidumbre de la derrota, el movimiento comunista pretendía convertirse en el protagonista de un holocausto final que permitiese establecer luego el principio de que la guerra no había concluido, simplemente se interrumpía hasta que retornasen las condiciones que debían permitir reanudarla. El 23 de febrero Negrín estuvo en Madrid, rodeado de dirigentes comunistas, y se reunió con Casado y Mera, estudiando las posibilidades. El SIPM, que no tenía conocimiento demasiado detallado, creyó –así lo dirían luego Julio Palacio y Antonio Luna– que todo había fracasado y que se preparaba un golpe comunista para implantar una dictadura de este signo. Así se transmitió al Cuartel General.

Bajo esta mentalidad tomó Franco la decisión del 25 de febrero, dura, como lo fueran todas las de estos días. No habría en modo alguno negociación, ni con Besteiro ni con ninguna otra personalidad política. Si Casado quería capitular, bien venida fuera esa decisión. El ataque a Madrid debía desencadenarse en la fecha más inmediata posible. Se pensó iniciar la ofensiva antes de que concluyera el mes de febrero. Antes de que se formara el Comité de Defensa la decision estaba tomada, y no iba a alterarse: los partidarios de la negociación sufrieron los efectos de un espejismo.

Ninguno de los dos rivales, Negrín con apoyo comunista por una parte, y Casado con Besteiro y Mera, por otra, podían sentirse seguros. El único que hubiera podido resolver el impasse otorgando a cualquiera de ellos el apoyo de su legitimidad, como Presidente de la República, rechazó las peticiones que se le hacían y el 27 de febrero hizo firme por escrito la dimisión que ya anunciara a Martínez Barrio; ese mismo día la Embajada en París cambiaba de mano pues Inglaterra y Francia acababan de reconocer a Franco como único Gobierno legítimo. Desde el punto de vista

del Derecho internacional era el Gobierno de Burgos titular de los bienes españoles, incluso armamento, depositados en Francia. En el último instante Azaña se había negado a admitir la propuesta de Negrín de transferirlos a una sociedad privada. En los días siguientes todos los demás países imitaron esta conducta. Sólo México y la URSS, depositarias ambas de cuantiosos medios materiales, mantendrían el no reconocimiento.[24]

III. LOS CUATRO DÍAS DE MARZO.

1. Publicada la dimisión de Azaña y, con ella, la vacante en la suprema magistratura de la República, no cabían vacilaciones: Negrín hubiera debido acompañar a Azaña en la renuncia ya que al Presidente correspondía otorgar el poder. Si quería continuar en el Gobierno tendría que recurrir al golpe de Estado con ayuda de los militares fieles, entre los que predominaban los comunistas. Casado y Besteiro debían llevar adelante sus proyectos de creación de una nueva dirección política: el 27 de febrero el SIPM comunicó al mando nacional que Besteiro y el coronel Ruiz Fornells solicitaban permiso para ir a Burgos a negociar, si bien el viaje no podría emprenderse hasta el 2 de marzo. El Cuartel General dio su conformidad a la fecha pero advirtió que sólo militares podían ser recibidos ya que se trataba de una capitulación. El último parte de guerra, que más adelante incluimos en sus dos versiones (nota 38 de este capítulo), resume en las dos palabras «cautivo y desarmado» esta postura. Sin embargo, en Madrid, se seguía hablando de «paz con honor». Como muestra de buena voluntad, Matallana entregó todos los planes de operaciones al SIPM. Centaño sí era partidario de alguna clase de negociación.

El 1 de marzo Segismundo Casado recibió la orden de trasladarse a la Posición Yuste, y obedeció, aunque sin entregar el mando a un jefe comunista.[25] Allí se encontró también con Matallana –eran las once de la mañana del día 2– y supo que Negrín había decidido cambios generales que él consideró como parte de un golpe de Estado comunista: a Miaja se le nombraría inspector general –curiosamente el mismo cargo que se diera a Cabanellas en la otra zona– y tanto Casado como Matallana serían promovidos al Estado Mayor, pasando el mando efectivo a los nuevos generales comunistas como Modesto, Líster o Francisco Galán. Gracias a los servicios de Ungría,[26] Franco conocía que muchos de éstos habían regresado de Francia con dicho objeto.[27] Negrín no se atrevió a detener a Casado ni a Matallana y ambos se dirigieron a Valencia para informar a Miaja, a quien consideraban como su verdadero superior: ahora o nunca había que prescindir de Negrín.[28]

El 3 de marzo comenzaron a publicarse en la *Gaceta* los nuevos nombramientos. Inmediatamente se produjeron tres reaciones: Casado se negó a entregar el mando declarándose en rebeldía frente a Negrín; estallaron graves disturbios en Cartagena que provocaron la pérdida final de la flota; Franco dio por concluido el despliegue de sus fuerzas a la espera únicamente de fijar la fecha de la ofensiva final.[29]

2. La Flota anclada en Cartagena había declarado su propósito de pronunciarse contra Negrín, abandonando la península. Algunos oficiales en la base, como Fernando Oliva y Arturo Espá pretendían que esa desobediencia fuese más lejos, a enarbolar

la bandera roja y gualda. Para evitarlo, Negrín ascendió a Francisco Galán y le nombró jefe de la base; importantes jefes comunistas como él, Bibiano Fernández Osorio, Etelvino Vega y Leocadio Mendiola, debían proporcionarle los medios materiales. Una vez en Cartagena, Galán relevaría los mandos necesarios en la Flota y suspendería su marcha. Pero entre tanto los oficiales, que deseaban el fin de las hostilidades, decidieron adelantarse; las noticias que comenzaban a llegar de Madrid estimularon su decisión.

El 4 de marzo Cartagena vivió una jornada de euforia: Galán fue detenido en el despacho de la Comandancia, las baterías se pasaron a los rebeldes, fueron liberados los presos y los soldados comenzaron a gritar ¡Viva Franco! Negrín ordenó a las fuerzas comunistas más próximas que tomaran Cartagena. Los sublevados carecían de medios suficientes para rechazar un ataque en toda regla: por eso liberaron a Galán intentando una negociación. Pero entonces apareció el general retirado Rafael Barrionuevo, que vivía en las inmediaciones, y junto con el comandante de Estado Mayor Vicente Lombardero, asumió el mando en nombre de Franco. Se hizo por radio una llamada a la zona nacional pidiendo el envío inmediato de refuerzos porque la Flota también estaba a favor de los nacionales. Esto no era cierto: sólo el submarino C-2 se pasó a los nacionales. Pero entre tanto, Buiza daba la orden a los barcos de abandonar el puerto. Los destructores Sánchez Barcaiztegui, Alcalá Galiano, Churruca, Alsedo y Lazaga no pudieron hacerlo por averías. Buiza proclamó su adhesión a Casado y Besteiro e internó los barcos en Bizerta.

Aunque el almirante Cervera trató de llevar rápidos refuerzos a Cartagena, éstos no pudieron llegar hasta el 6 de marzo, cuando los rojos disponían otra vez de las baterías de costa, de modo que todo terminó en desastre. El «Castillo de Olite» fue hundido y hubo numerosas bajas. El 7 de marzo la rebelión de Cartagena había terminado y los mandos comunistas controlaban de nuevo la situación.

3. Eran las 8 de la mañana del 5 de marzo de 1939 cuando Casado y Cipriano Mera celebraban la decisiva reunión: el general, recientemente ascendido, explicó que había decidido oponerse al golpe comunista y que contaba con importantes adhesiones, entre ellas la del general Escobar que mandaba las fuerzas más eficientes entre las que aún subsistían. En la tarde del mismo día Casado instaló su despacho en el Ministerio de Hacienda y procedió a constituir la Junta de Defensa. Miaja aceptó sin dificultad ostentar la presidencia aunque los verdaderos motores de la misma eran Wenceslao Carrillo, padre de Santiago, Julián Besteiro, que figuraba al frente de los Asuntos Exteriores, y el propio Casado, que se reservaba la Defensa. La radio madrileña escuchó en la noche del 5 de marzo una serie de alocuciones sorprendentes: cuando cesaba como en este caso la legalidad constitucional corresponde al Ejército asumir la autoridad[30] y –dirigiéndose a los nacionales– «si nos ofrecierais la paz encontraríais generoso nuestro corazón de españoles».[31] Era cierto que la Junta estaba recibiendo importantes adhesiones, incluso de ilustres exiliados.

Negrín perdió toda capacidad de resistencia; la pérdida de la Flota fue para él un golpe del que jamás se recuperó. Aunque muchos de los dirigentes comunistas se desalentaron también, iniciando la fuga, el general Luis Barceló decidió, en nombre de Negrín, en realidad de acuerdo con las decisiones del Partido, acabar con Casado y tomar el mando.

Durante una semana, Madrid vivió el extraño episodio de una guerra civil dentro de otra. Los anarquistas de Cipriano Mera decidieron sostener a la Junta y desde la mañana del 6 de marzo se iniciaron los combates. Los comunistas fusilaron a muchos de sus prisioneros socialistas y anarquistas, tratando de imponerse por medio del terror y estuvieron a punto de conseguirlo, aunque solamente en Madrid. Unidades anarquistas llegadas el día 8 desde el frente de Guadalajara, derrotaron a Barceló que, junto con otros dirigentes, fue juzgado y ejecutado sumariamente. El 12 de marzo pudo comunicar Casado al SIPM que controlaba perfectamente la situación y que estaba por tanto en condiciones de pasar a la negociación como se ofreciera. Los consejeros soviéticos habían desaparecido, junto con Negrín, por el aeropuerto de Monóvar. Recuperada su confianza los dirigentes de la resistencia madrileña reaparecieron: ya no corrían peligro. Pero Franco les advirtió: ahora, más que nunca, con la victoria en la mano, había que extremar la prudencia; que nadie se precipitase en una acción que podía causar víctimas inútiles. El 8 de marzo, mientras aún duraban los combates en Madrid, los nacionales hicieron un tanteo sobre las posiciones de la ribera del Manzanares, hallaron resistencia y no insistieron.

4. El 11 de marzo el SIPM volvió a tomar contacto con el Cuartel General del Generalísimo y comunicó que Casado y Matallana rogaban se suspendiera por ahora la ofensiva porque, dominando la situación, estaban en condiciones de ir a la zona nacional y someterse con sus soldados a los vencedores. Hubo demora, a pesar de que el jefe del Ejército de Levante comunicó el 17 que todo estaba dispuesto para empezar la marcha el 21, o incluso el 20 si se consideraba necesario.[32] De hecho, hasta el 25 de marzo, inclusive, los partes oficiales registraron un sistemático «sin novedad» que refleja que tal demora se produjo, aunque tal vez no haya de atribuirse a concesión.

Cuando Casado comunicó a la Junta de Defensa las «condiciones» otorgadas por Franco que obraban en su poder desde mediados de febrero, los miembros de la misma se sintieron decepcionados. Se había hablado mucho de las posibilidades de una negociación y ahora se enfrentaban con la exigencia de una rendición incondicional, ya que nunca se había ofrecido otra cosa. De todas formas desmantelado el Gobierno de Negrín, ya no quedaba ninguna fuente de autoridad, excepto aquélla. La Diputación permanente de las Cortes celebró una última reunión en París, con 17 miembros, bajo la presidencia de Martínez Barrio y no adoptó decisión alguna. Fuera de Madrid y de Valencia cada jefe militar estaba obligado a tomar decisiones por su cuenta. Miaja, Matallana y el propio Casado estudiaron un plan de repliegue sobre Cartagena y Alicante que permitiese una defensa más eficaz, ganando tiempo para forzar la negociación. Incluso para esto era demasiado tarde. En Burgos se sabía que la voluntad de resistencia del Ejército rojo había terminado.

IV. LA LIQUIDACIÓN DE LA GUERRA.

1. En la noche del 13 de marzo de 1939 un agente del SIPM comunicó a Burgos que Casado y Matallana disponían de un avión que podía llevarles al aeropuerto de Villafría cuando las autoridades nacionales diesen su conformidad. A esta petición no se

dio respuesta inmediata aunque sirvió para que se detuviese el comienzo de las operaciones. Pero en la mañana del 14 de marzo Casado hizo unas declaraciones a la prensa, fijando su postura, que causaron profunda irritación en Franco. Dijo Casado textualmente que se había tomado la decisión de «no continuar la lucha, sino establecer una paz honrosa, que es lo que anhela el pueblo, esperando que no haya represalias, manteniéndose intacta la integridad de la soberanía nacional y las posibilidades de convivencia, facilitándose la salida de España a todos los que lo deseen». Y añadía, para redondear la imprudencia, la voluntad de «oponerse con gallardía a cualquier intento de los invasores».[33]

Los invasores, evidentemente, eran en este caso alemanes e italianos, de acuerdo con la propaganda republicana. Pero Franco no podía admitir esta tesis en la que insistió aún Casado llamando «zona invadida» a la nacional y presentándose a sí mismo como el verdadero vencedor del comunismo. Conseguida esta meta, concluía, sólo faltaba que las dos partes de España se pusieran de acuerdo. Una tesis perfectamente plausible para los mediadores británicos pero radicalmente recusable desde el punto de vista de Franco. El 15 de marzo, desde el despacho de Franco se envió una nota a los agentes del SIPM ordenándoles suspender los contactos: si Casado quería actuar con doblez que «se atenga a las consecuencias». «Dice S.E. que en vista de las manifestaciones de Casado, transmitidas por Radio Valencia el 14-III-1939 en emisiones de las 19:15 horas, no haga nada el servicio».

A la visión pesimista contribuían también las noticias que transmitían los miembros de la quinta columna; habían tenido lugar algunos asesinatos de personas de derechas y se temía que, en la desesperación final los que se habían descubierto como miembros de la resistencia también serían muertos. A pesar de todo, Casado insistió permitiendo a Centaño utilizar los micrófonos de Unión Radio el 18 de marzo. En Burgos nadie creía en la viabilidad de las negociaciones[34] pero ello no obstante, Franco condescendió: se trataría únicamente de la rendición de un ejército vencido, por lo cual bastaba con que un jefe profesional se trasladase a Burgos con plenos poderes; criticó al mismo tiempo a los miembros de la Quinta Columna por haberse puesto al descubierto recomendando que los que se creyesen en mayor peligro pasaran a la zona nacional aprovechando las facilidades que se les daban. Nueva insistencia por parte de la Junta de Defensa en su comunicado: «estamos dispuestos a llevar a efecto negociaciones que nos aseguren una paz honrosa» Inspirado desde el Cuartel General, Melchor Fernández Almagro, gran historiador, publicó un artículo en que trataba de explicar el punto de vista del bando nacional.

Quienes se sumaran al bando frentepopulista lo habían hecho conociendo que se estaban sumando a una facción criminal. La oportunidad de detenerla entrando en conversaciones con la otra parte concluyó con los primeros meses de la guerra. No lo hicieron, contribuyendo a que ésta se prolongase, esperando incluso que lograra la victoria. Ahora los jefes de ese Ejército, vencido inexorablemente, se acercaban pidiendo condiciones: no podían ser otras que las de una completa capitulación. No cabe duda de que ésta era la línea de pensamiento del Generalísimo y de quienes le acompañaban. Siguiendo la pauta establecida se cursaron las órdenes para la ruptura del frente: el día D sería el 25 de marzo en el sur y el 26 en el Centro.

Ante esa actitud, Casado se rindió: el 20 de marzo escribió a Franco que reconocía su victoria, que esperaba se tuviera en cuenta el servicio prestado al evitar el

holocausto comunista, y que enviaba sus plenipotenciarios para acordar las condiciones de entrega. Desde Burgos se comunicó que se les esperaba en el aeropuerto en la mañana del 23, debiendo seguir la línea recta por Somosierra y Aranda para evitar errores. Fueron el teniente coronel Antonio Garijo y el comandante Leopoldo Ortega Nieto y les recibieron Ungría, que ya era coronel, el coronel Luis Gonzalo Victoria y los comandantes Carmelo Medrano Ezquerra y Eduardo Rodríguez Madariaga. Las negociaciones se centraron en torno a las ocho condiciones ya establecidas –los nacionales pusieron énfasis en extremar la benevolencia– y en la entrega, en plazo de horas, primero de la aviación y luego del Ejército. Evidentemente los plazos eran demasiado cortos para ser cumplidos.

Una segunda reunión tuvo lugar el 25 de marzo. Los delegados querían un compromiso firmado y que se estudiasen nuevas propuestas de la Junta pero ya no fueron escuchados. Franco indicó a Casado y a los miembros de la Junta que se fuesen de España; incluso estaba dispuesto a proporcionarles un avión. Seguramente no estaba demasiado seguro de la clemencia de sus propios partidarios. Sólo Besteiro decidió permanecer.

2. Así llegó, y pasó, el 25 de marzo. Hacía pocas horas que Barceló y sus compañeros fueran fusilados y que, en una imponente manifestación se rindiera homenaje a las víctimas del golpe comunista. La Junta de Defensa celebró una última reunión mientras las órdenes de iniciar el avance llegaban a los puestos avanzados. Segismundo Casado escribió, con fecha 25, una carta personal a Franco que consta documentalmente que no fue entregada al Generalísimo hasta el día 30 de marzo, cuando ya no había frente, ni Junta, ni su autor se encontraba en España. Franco la conservó entre sus papeles, sin duda porque la juzgaba de gran importancia. Manuscrita, no ofrece duda acerca de su autenticidad:

> «Excelencia. Un deber de conciencia me impulsa a romper el protocolo y me dirijo a S.E. abrumado por la responsabilidad que pesa sobre mí en estos momentos que juzgo decisivos para los destinos de España. Sabe S.E. que existe en esta zona el anhelo de la paz. La necesidad urgente de asfixiar el golpe comunista que, de haber triunfado, hubiera desplegado un régimen de terror sin precedentes, y de otro el deseo de satisfacer los anhelos pacifistas del pueblo, me impulsaron a derribar un Gobierno abigarrado con todos los vicios políticos imaginables. Me aventuré a ofrecer lo que creía honradamente que podría conseguir –evacuación de responsabilidades– a cambio de hacer una entrega pacífica presidida por la cordialidad y con la garantía de no restar al Gobierno nacionalista nada de lo que existe en esta zona. Es probable que, defraudadas las esperanzas, la asistencia que hasta hoy me presta el pueblo, se convierta no más tarde de mañana en un odio muy acusado por creerme traidor a sus deseos, dando la razón a los comunistas que mantenían la criminal consigna de resistir. He tratado de servir a mi Patria con la más absoluta dignidad y soñaba con que en plazo breve, elevara su rango de manera notoria. Hoy sinceramente lo dudo, pues conocedor de esta zona, me preocupa la reacción que pueda experimentarse y la posibilidad de que, desahuciado el Consejo de Defensa, se creara un estado caótico que

retrasaría extraordinariamente la obra de reconstrucción de España. Ruego a S.E. disculpa por esta conducta quizás irreverente pero inspirada en el ferviente deseo de servir a España. Respetuosamente saluda a S.E. su atto. ss. Segismundo Casado».

Además, Casado hizo levantar en Madrid acta de las propuestas que sus representantes llevaran a Burgos, como una justificación probatoria de su propia conducta.[35] La radio republicana comunicó que las negociaciones habían fracasado. Desde Burgos estaban recomendando que se colocaran banderas blancas y que no hubiera resistencia. Franco ordenó a los suyos que el avance «se sujetara en cuanto sea posible a las normas que se señalaron a los cabecillas rojos», es decir, a las ocho condiciones que hemos señalado.

3. Al amanecer del 26 de marzo el avance nacional había comenzado en el sector de Cabeza de Buey, comprobando que no había resistencia alguna. En la Ciudad Universitaria los soldados pusieron por su cuenta fin a la lucha; se entregaban compañías completas. Martínez Campos ejecutó el 27 la maniobra de ruptura por el frente de Toledo. Ese mismo día la quinta columna madrileña comenzó a hacerse dueña de las calles de Madrid; nadie pudo explicar de dónde salían tantas banderas de Falange como aparecían en los balcones. Matallana y Prada rindieron el Ejército del Centro mientras Casado embarcaba en Valencia en un buque británico. Miaja huyó por vía aérea. Los mandos nacionales presionaron, en aquellos tres últimos días de confusión, para que los altos jefes huyeran. Seguramente por esa causa no se dijo que Madrid había sido liberado hasta el 28 de marzo. Todavía en la mañana de este día se publicó el último numero de *ABC* bajo la administración roja; pocas horas más tarde, Franco devolvería el periódico a sus dueños. Por la tarde Manuel Aznar, que había llegado a la capital con el encargo de volver a poner en marcha la prensa, pudo conseguir que saliera un número de *El Debate;* curioso número porque el periódico iba a ser sustituido por el *Ya,* refundiéndose en una la publicación de la Editorial Católica. El 29 de marzo *ABC* saludó el nuevo tiempo con unas palabras que deben ser recordadas aquí, pues sin ellas poco puede explicarse; las ha recogido con acierto Ricardo de La Cierva:

> «Franco, los corazones de todo los españoles tienen un altar para su nombre. ABC, en el momento de la liberación de Madrid, compagina el saludo más entusiasta para el valiente capitán y para el insigne estadista que está haciendo la España nueva».

Valencia sucumbió el 29 de marzo. Los últimos soldados de la República se rindieron en los muelles de Alicante el 1 de abril. Aquella noche el Cuartel General emitió el parte que anunciaba el final de la guerra.[36] Pero Franco no estaba en condiciones de recibir el homenaje de sus entusiasmados partidarios porque padecía una aguda faringitis que le obligaba a guardar cama con 39° de fiebre.[37]

> «Cautivo y desarmado». El recuento que se hizo el 4 de abril arrojaba un total de 177.482 prisioneros en los diversos campos.[38] Era evidente que no se trataba sino de una minoría del Ejército.

[18] Franco respondió a esta carta el 16 de enero, cuando ya era inminente la llegada a Barcelona. *Documentos*, I, pp. 291-292.

[19] R. Salas Larrazábal, *Los datos exactos*, pp. 172-174, es quien ha establecido el cálculo. En aquellos momentos había 14 reemplazos movilizados.

[20] Poseemos de esta entrevista únicamente las noticias que proporciona Azaña en sus *Memorias*, III, p. 539. Según el Presidente fue él quien propuso que se pidiese a Francia y Gran Bretaña que cursasen la capitulación inmediata con las mejores condiciones que fueran posibles pero no fue atendido. Contrasta este dato con el dado por Negrín.

[21] El número de fugitivos se presta lógicamente a un debate. Pero conviene advertir que las diferencias entre unos autores y otros no son muy grandes. R. Tamames, *op. cit.*, p. 322 acepta la cifra de 400.000 a los que se sumaron posteriormente otros, redondeando el medio millón. Este fue censado por la Embajada de México en París, pero incluyen muchos españoles que residían habitualmente en Francia o procedían del otro bando. La inmensa mayoría de los exiliados regresó pronto. Javier Rubio, *La emigración española a Francia*, Madrid, 1974, establece en 140.000 los emigrados viviendo en Francia en 1940, y en 50.000 los refugiados en otros países

[22] El caso de Antonio y Manuel Machado puede ser paradigmático. Militaron en bandos distintos en la guerra. El primero ha sido exaltado como gran poeta que era, el segundo injustamente condenado al olvido.

Notas al Capítulo 35.

[1] Los telegramas, llegados al mismo tiempo que las felicitaciones de Hitler y Goering. *Documentos*, I, pp. 290-291. Es significativa la expresión en el mensaje del feldmariscal: «asombro ante sus valientes tropas».

[2] *Documentos*, I, p. 166.

[3] Ver *Crónica de la Sección Femenina y su tiempo*, Madrid, 1993, pp. 67-68. Esta visita es importante por más de un aspecto. Junto a la admiración por las obras sociales y económicas alemanas y por su disciplina, se aprecian actitudes críticas: había que crear instituciones y servicios españoles, no copiar, y menos introducir el espíritu nazi. Este aspecto desempeña luego un papel importante.

[4] *Wilhemstrasse*, III, pp. 680-683.

[5] En la primera edición de su obra *Francisco Franco*, II, pp. 124-125, R. de La Cierva publicó el informe que acerca de esta entrevista envió Richthofen a Kurt Shwendeman, director de la sección española en la Wilhelmstrasse. Dicho informe fue pasado luego a Hitler. En torno a la declaración de neutralidad, Franco expuso dos argumentos:

a) que al no ser informado de la cuestión por el Gobierno alemán había llegado a la conclusión de que éste deseaba se mantuviese al margen de todo el problema checo y no perjudicar en modo alguno la marcha de los asuntos españoles; y
b) que su declaración de neutralidad había ayudado mucho al Führer en los esfuerzos que hiciera para salvaguardar la paz, la cual habría estado en peligro en caso de una posición española en sentido contrario. Jugaba pues con la verdad oficial de que Hitler quería la paz. Halagó los sentimientos alemanes diciendo al barón «que no comprendía por qué sus relaciones políticas con Alemania debían ir siempre vía Roma».

[6] *Wilhelmstrasse*, III, pp. 690-692 y 699-700.

[7] *Wilhelmstrasse*, III, p. 700.

[8] Informe de 19 de febrero en *Wilhelmstrasse*, III, pp. 701-710.

[9] Vigón encargó a Eugenio Vegas Latapie un borrador de ley fundamental en que se especificasen las funciones y poderes del rey. Este borrador no fue nunca utilizado. Ver L. López Rodó, *La larga marcha...*, p. 19; el texto íntegro en Eugenio Vegas Latapie, *La Frustración en la Victoria, op. cit.*, pp. 460-472.

[10] El acuerdo fue inmediatamente comunicado al embajador alemán, el cual comprendió muy bien cuál era su verdadero alcance: diciendo sí a la cooperación frente a la propagan-

da comunista y a la amistad hispano-alemana, se eludían las conversaciones militares. Pues el Antikomintern obligaba a celebrar consultas, pero la ayuda se reservaba para el caso de invasión soviética a uno cualquiera de los firmantes. En el almuerzo que se celebró en Barcelona el 26 de febrero de 1939, con ocasión del desfile de la Victoria, Franco dijo a Stohrer que «su decisión de adherirse a Pacto Antikomintern, dada su actitud en relación con el comunismo, era cosa muy natural y había sido un "gesto cordial" por su parte; sólo se había tratado de escoger el momento oportuno». *Wilhelmstrasse*, III, p. 715.

[11] Nota Stohrer de 13 de marzo: «El Generalísimo ha expuesto que, sobre todo Inglaterra, pero también Francia, se esforzaban por volver a traer la Monarquía. Seguía atentamente estas intrigas, que no tenían otro efecto que desacreditar el sistema monárquico. En el curso de los años próximos la cuestión de la restauración de la Monarquía no se planteará todavía (Gambara ha dicho al coronel von Funck que Franco había hablado de alrededor de cinco años)». *Wilhelmstrasse*, III, pp. 721-722.

[12] R. de La Cierva , 1939. *Agonía y victoria, El protocolo 277*, Barcelona, 1989, ha utilizado exhaustivamente una carpeta depositada en la A. H. Militar y titulada «Proposiciones de armisticio de los rojos en toda la guerra»; su contenido es de excepcional valor. En *Documentos*, I, pp. 336-359, se ha publicado el informe del catedrático Julio Palacios que fue uno de los principales gestores en toda la negociación.

[13] R. de La Cierva, *op. cit.*, pp. 44-46, sostiene con abundantes argumentos que toda la negociación llevada a cabo por Casado fue de inspiración masónica. Me parece que no puede dudarse, al menos, de que a aquellas alturas la Masonería prefería cualquier clase de negociación a la solución comunista.

[14] Casado regresó a España en 1961 y el Consejo de Guerra militar a que se sometió le declaró sin culpa: había cumplido estrictamente su deber. Sin embargo no fue rehabilitado, lo que constituyó notoria injusticia. En 1968 publicó sus *Memorias* justificativas, que también son tenidas en cuenta en este capítulo de nuestro trabajo.

[15] Además del texto de R. de La Cierva, *Agonía...*, p. 57 y ss., que estamos siguiendo, hay noticias y matizaciones muy importantes en J. Manuel Martínez Bande, *Los últimos cien días de la República*, Barcelona, 1973 y en Luis Romero, *El final de la guerra*, Barcelona, 1977; la opinión más generalizada en zona republicana era la de acabar cuanto antes. Cualquier resistencia sería ya perniciosa.

[16] Además de las toneladas de oro (más de 50) y plata (por encima de 90) estaban en Francia 3.000 manuscritos de la Biblioteca Nacional, 500 cuadros del Prado, 300 tapices y muchas piezas arqueológicas, entre ellas el Disco de Teodosio. Una verdadera fortuna en el caso de que los gobiernos europeos depositarios no reconociesen al de Franco. Esto, que se logró en México no fue posible obtenerlo en Francia.

[17] R. de La Cierva, *Franco*, pp. 261-262.

[18] Estas condiciones se encuentra en un papel, publicado en *Documentos*, I, pp. 292-293, que certifica fueron recibidas por Casado el 15 de febrero y entregado al marqués de Santa Cruz en diciembre de 1968

[19] La importancia del papel desempeñado por Besteiro debe ser tenida muy en cuenta. Prestigioso catedrático, brillante profesor, había evolucionado mucho dentro del socialismo, desde una actitud revolucionaria a otra muy diferente. Por esta causa había sido arrinconado en un puesto subalterno, de abastecimientos, que le permitió sin embargo seguir en Madrid. Rechazó la Embajada en Buenos Aires en 1938. Ya durante su estancia en Londres como representante de Azaña en la ceremonia de coronación de Jorge VI, había, por encargo del Presidente, suscitado la conversación negociadora.

[20] Un catedrático de Instituto, hijo de militar, Manuel Cardenal Iracheta, había conseguido huir por Alicante el 10 de octubre de 1938 llegando a la zona nacional. Sus declaraciones fueron recogidas con mucho cuidado (*Documentos*, I, pp. 206-215); de ellas se desprendería que Casado no creía posible defender Madrid y estaba preparando su evacuación. Cardenal se ofreció como posible contacto con Casado.

[21] R. de La Cierva, *Agonía...*, pp. 93-94.

[22] Salas Larrazábal, *La guerra civil*, pp. 656-658, sostiene que la política de Negrín no fue nada decidida, sino vacilante y que no estaba convencido de esa proximidad de la otra con-

tienda. No quería abandonar el poder; probablemente trataba de ser un jefe de la República en el exilio continuando la lucha en espacios políticos.

23 Rafael González Echegaray, *La marina mercante y el tráfico marítimo durante la guerra civil*, Madrid, 1977, p. 385 y ss., ha hecho un análisis de situación: tan sólo durante los primeros meses de 1939 los nacionales apresaron 238 barcos. El comercio estaba interrumpido.

24 El reconocimiento estaba siempre acompañado de aspectos económicos: garantía de inversiones, deudas y comercio. El contacto previo norteamericano fue encomendado por Roosevelt al embajador en Londres, Joe Kennedy; su hijo, el futuro presidente, fue a Barcelona para entrevistarse con Antonio Garrigues; a través de la esposa de éste había una relación entre Garrigues y el clan de los Kennedy. R. de La Cierva, *Agonía...*, p. 141.

25 No es nuestro objeto hacer una investigación sobre estos sucesos sino fijar con la mayor claridad posible la conducta de Franco en relación con ellos. Por eso, además del libro de R. de La Cierva, *Agonía...*, que venimos siguiendo, es imprescindible la lectura de A. Bouthelier y J. López Mora, *Ocho días. La revuelta comunista. Madrid 5-13 de marzo de 1939*, Madrid, 1940, de las memorias antes mencionadas de Segismundo Casado, *Así cayó Madrid. Ultimo episodio de la guerra civil española*, Madrid, 1968 y R. Salas Larrazábal, *El ejército popular...*, IV, p. 3.392 y ss.

26 Las relaciones de Ungría con el Ejército francés fueron importantes; databan de antiguo. Nacido en Barcelona en 1980, José Ungría era en 1915 capitán de Estado Mayor. En 1922 fue a París para seguir los cursos de la Escuela Superior de Guerra y fue compañero de clase de Charles de Gaulle. En la campaña de Marruecos actuó como enlace entre Pétain y Primo de Rivera. En 1927 ascendió a teniente coronel. Pero Azaña congeló su carrera rebajándole a comandante; al comienzo de la Guerra Civil se hallaba en Madrid donde estuvo a punto de ser asesinado pero sus amigos franceses le brindaron refugio en la Embajada el 23 de agosto de 1936. El 1 de abril de 1937 conseguía llegar a la zona nacional. Reintegrado a su rango de teniente coronel, organizó por encargo de Franco los servicios de información y contraespionaje estableciendo muy valiosos contactos con Deuxieme Bureau de Francia. R. de La Cierva, «La guerra secreta del coronel Ungría», *Historia y vida*, núm. 10, 1969, pp. 4-15. Ascendió a coronel por esos días de marzo de 1939.

27 *Documentos*, I, pp. 293-306 contiene la relación de noticias que los servicios de información fueron comunicando a partir del 26 de febrero; gracias a ellas el Cuartel General conocía bien los movimientos del enemigo.

28 Salas Larrazábal, *La guerra civil*, pp. 656-658, entiende que Casado se equivocaba; no todos los nombramientos eran comunistas. Pero hubo conciencia de que era así.

29 Los mapas con fecha de 4 de marzo estaban en poder de Franco.

30 R. Abella, *op. cit.*, p. 118. J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, p. 1.615, habla de un 18 de julio con tres años de retraso. Algunos sectores socialistas tacharon luego a Besteiro de traidor tratando de entenebrecer su memoria. Parece cierto que la conducta de Besteiro fue sumamente noble: le parecía absurdo prolongar la violencia y provocar un endurecimiento del adversario. No quiso abandonar Madrid a fin de testimoniar tal conducta.

31 Segismundo Casado, *op. cit.*, p. 150.

32 La orden del día publicada en *Documentos*, I, pp. 310-312.

33 R. de La Cierva, *Agonía...*, pp. 259-261.

34 Manuel Aznar, importante testigo, escribe: «cuando se supo que tanto la primera entrevista –22 de marzo– como la segunda –25 del mismo mes– habían transcurrido y acabado sin atisbo alguno de acuerdo, nadie se sintió sorprendido». Burgos, marzo de 1939. «Notas de un cuaderno ya viejo», *H. y V.*, 1, 1968.

35 *Documentos*, I, pp. 323-325.

36 Este parte fue el único que Franco redactó y firmó personalmente. Estaba en cama cuando el ayudante le pasó las últimas noticias. Le dio las gracias, se vistió con una bata y bajó al despacho a pesar de la fiebre. Improvisó un borrador a lápiz como era su costumbre. Luego tachó algunas palabras porque le parecía demasiado largo. De modo que tenemos dos versiones;

Larga	Corta
En el día de hoy, después de haber desarmado a la totalidad del Ejército rojo, han alcanzado las fuerzas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.	En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. LA GUERRA HA TERMINADO

El ayudante, una vez pasado a máquina, lo entregó a Martín Moreno el cual se lo dio a Barroso a las 10:30 de la noche. Por esta razón la emisión de noticias –el «parte» como se llamaba– hubo de retrasarse hasta las 11:15. Algunos días después Franco escribió con trazos más firmes el ejemplar que actualmente se conserva. J. M. Gárate, «Pequeña historia del último parte de guerra (1 de abril de 1939)», *H. y V.*, núm. 85, 1975, pp. 117-121.

[37] Vicente Gil, *Cuarenta años junto a Franco*, Barcelona, 1981, p. 37, aclara que fue faringitis y no gripe como a veces se dijo.

[38] *Documentos*, I, pp. 325-326.